

DE MI CARNET

A un célebre presidio, próximo a esta capital, una noche llegó conducido por la guardia civil, un rudo ibicenco a cumplir seis años y un día de presidio mayor (lo del día tiene gracia) y después que el Ayudante de la Prisión con muchísimas dificultades le hubo fillado, pues el isleño no hablaba ni sabía el castellano, pasó Daniel Fullana, que así se llamaba el recluso a su departamento de observación.

Al día siguiente, Daniel tuvo que ser examinado de religión, reconocido por el médico y medida su instrucción por el maestro. El primero en llegar de los funcionarios que lo habían de observar, fué el cura, el cual y a presencia de Fullana le pregunté en esta forma: ¿sabe Vd. el Padrenuestro? a lo que el recluso contestó con una serie de sonidos más o menos articulados y acompañado de un movimiento de hombros que debían significar ignorancia sobre lo que el Padre le preguntaba y más bien parecía que no comprendía lo que se le decía, inmediatamente y como el Ayudante que lo filió le indicara al Sacerdote como el recluso no sabía ni

entendía más que el dialecto mallorquín, ambos funcionarios decidieron llamar a Puig recluso catalán de seráfica cara y de insuperable conducta, para que como catalán y teniendo en cuenta el parecido de ambos dialectos sirviera de intérprete, y así sucedió, a los pocos minutos, decía Puig al ibicenco — en catalán —. Dice el Padre cura que si sabes el Padrenuestro, que lo digas, y después que los reclusos cambiaron unas palabras Puig, dijo al Cura que el interrogado podía decir la oración en Mallorquín y que de otra forma no sabía. Bien respondió el Cura creyendo haber resuelto el conflicto, que la diga y Vd. escucha para ver si la sabe decir, para el caso, lo de menos importancia es el idioma, en que ha de decirlo. Una vez que hubo terminado de decir el isleño el Padrenuestro en mallorquín el cura preguntó al intérprete recluso ¿qué tal? ¿que tal lo ha dicho? a lo que contestó el pobre Puig medio avergonzado y medio confuso, señor, el caso es, que yo ni sé, ni he sabido nunca el Padre nuestro.

E. ATIENZA.

Humo a la cara

Ha hecho un mohín delicioso de niña mimada, enarcando las cejas y abriendo la boquita para mostrar la albura de sus dientes diminutos.

Es que junto a ella ha pasado un rapaz harapiento, un granujilla rubio que después de trastear bravamente un cigarro puro, recién recogido del santo suelo, ha tenido la aviesa idea de dar un salto para llegar cerca de la carita de la niña y le ha lanzado una enorme, una apestosa bocanada de humo.

Ha salido el pilluelo corriendo.

De carmín se han tornado las azucenas, de su carita de virgen pálida. Junto a ella está una señora, acaso su madre, que no podrá vengar el agravio.

Una lágrima asoma a los ojos de la niña.

Y el granujilla está ya lejos y acaso ha olvidado su plebeya acción.

Peró pronto torna la alegría a aquellos ojos y la sonrisa a sus labios un poco carnosos, rojos como una cereza. ¡Qué dulce mirar cuando con amor miren, qué suaves besos sean los suyos!

Y los viajeros llegan al andén.

Van al mar. Pronto las agüas verdes del mar

norteño besarán las carnes núbiles de la niña, que se estremecerá al recibir la caricia de espuma de las olas cantábricas.

Y en tanto el tren ha llegado.

Con resoplidos de titán da suelta al negro humazo de sus entrañas. Y una ráfaga de viento hace que el humo toque el suelo.

La carita de la niña se esfuma entre la humareda.

¡Como sonríe ahora! El ultraje del titán no ha encendido rubores en su cara, en la que ha puesto sonrisas.

Y se pensará...

Acaso el granujilla no supo ofrecerle de otro modo su admiración y, como aquel salto simiesco dió otro su espíritu. Quizá le hubiese dicho: «Mira como los hombres.» Que cuando más las ofendemos es cuando creemos admirarlas mejor.

Ha sonado una campana.

¡Hacia el mar del Norte, mar de epopeya...!

G. ASTUR.

Lea Vd. "Centauro"

EN CHINCHILLA

El aguinaldo del soldado

El 21 del presente y con motivo de allegar, no recursos, sino un recuerdo de amor y caridad a nuestros hermanos, soldados que allá en Africa luchan en defensa del honor de nuestra Patria, simpáticas y hermosas señoritas de esta ciudad, un ramillete de los muchos y hermosos que pueden cortarse en este Chinchilla de mis amores, pidieron, con sonrisas y lágrimas unos céntimos, ¡solo unos céntimos para los que con tanta abnegación sufren las penalidades de la Guerra!

Las Autoridades civiles y militares acompañaban a las señoritas que tan altruísticamente salieron a postular, y la Banda Municipal dirigida por el Director señor Soria, recorrió las principales calles de la población ejecutando varios pasodobles.

EL CORRESPONSAL

Sensiblerías de Pirringui

Negro, intenso y absolutamente negro, es el cuerpo de Goita. El brillo de su pelo, cual un zapato nuevo; acude toda la sanidad suya.

En los días de este otoño, soleados un momento y oscurecidos después por un nubarrón gris «Goita», tiene su sitio preferido encima de la «Linger».

Anda lentamente, segura y pausada con marcado porte aristocrático y de un salto, ágil se encarama en su rincón. Entonces soñolienta, tapa las ascuas de sus ojos color caramelo. Juntas las manos y sentada, hiergue el tallo, más esbelta ahora y más aristocrático que nunca. Así para las horas, hierática, inmóvil cual objeto de adorno. Ya no sé si habrá ofendido a «Goita» al llamaale más de una vez aburrída.

Pío Baroja, ha dicho de estos animales, que «son más paganos que los perros». Yo creo además que son más orgullosos.

Cierto que todo en ella, es más de recogimiento, de intimidad propia, de ideales irrealizados quizás, pero de un apartamiento absoluto también.

No es expansiva, y sensibilizarse ante una caricia, debe considerarlo como un acto desgrandante de su carácter rotundamente superior.

Unas palmaditas en el hombro al campesino, y es todo tuyo deshecho en rorieras y gratitud.

Una caricia al perro y es tuyo todo deshecho en gratitud y halagos.

Una mirada de admiración al «gtlman» aristocrático y puede contestarle con un gesto despectivo.

Una caricia a «Goita» y se marcha indiferente dejánote corrido.

No hay duda amiga «Goita» es profundamente aristocrática, Goita como ha dicho «Baroja de los animales de esta clase, representa a Robespierre idealizador de la libertad» ¿Pero Goita Pirri...?

«Goita es el orgulloso, el aburrido el aristocrático gato negro de mi amigo Manera; gato al que a pesar de todas estas cualidades suyas le rindo tributo de admiración y simpatía.

MANUEL MORA

EL ARTE DE VIVIR

¡La felicidad existe! Yo, en ciertos momentos. la he sentido, la he gozado, la he bebido como un vino añejo, ardiente y oloroso; una especie de felicidad viva y tangible, mezcla de alegría física y expansión del alma: un júbilo de todos mis átomos absorbiendo la luz de este cielo purísimo; un esponjarse de todo mi cuerpo; un derretirse de toda mi alma, una efusión completa de mi yo, árido de explayarse, de verse, de unirse a la armoniosa corriente de las cosas... ¿No es esto la felicidad? ¿No es salud, el equilibrio de todos los órganos, la agilidad y la fuerza, la beatitud del ánimo?

Cierto que quedará en el fondo de toda vida, por luminosa que esta fuere, el abismo del misterio, una tristeza mas o menos intelectual: una duda grave y helada, que en ciertas horas calará los huesos como un soplo de lo infinito; pero ese acibar que hay en el fondo de los cálices, aunque en ellos se escancie vino de Chipre o vino de Málaga, sirve también para dar sabor y condimento a la vida, que es un manjar algo desabrido al natural, y es preciso subsanarlo con la sal de las lágrimas. Si existe una felicidad positiva, independiente de toda fatalidad Un contento de alma segura y pagada de si misma, libre de todo prejuicio, satisfecha de vivir y de olvidar. El alma sencilla de un solitario y el alma completa de un filósofo. ¿no hallan su satisfacción en si mismas, sin pedir nada a las cosas exteriores? Y si alguna vez se asoman a la corriente viva y espumosa realidad, ¿no sienten divino placer en la contemplación desinteresada de los hechos? El hombre sencillito y el sabio son semejantes a los niños: les encanta el vuelo de un pájaro, al correr de un manantial, la caída de una hoja.

Es que para ser feliz hay que ser perpetuamente niño, conservar toda la vida esa frescura de sensaciones, esa virginidad del corazón que tenemos en los primeros años.

Hay un arte de vivir, como hay un arte de cincelar el mármol y la palabra, una escultura moral que logra hacernos bellos y armoniosos por dentro y por fuera, en nuestros pensamientos y en nuestras acciones. Todo ser es susceptible de modelarse a su gusto y fabricar un mundo aparte en el mundo de las realidades cotidianas.